



Cain, había hecho el segundo homicidio; y es creible que se hiciesen otros con estos detestables ejemplares. Pero aún no estaban inventadas las guerras. Después del diluvio fué cuando salieron aquellos asoladores de provincias, á quienes han llamado conquistadores, que impelidos de la gloria sola del mando, exterminaron tantos inocentes. Nembroth, maldito renuevo de Cham, maldito por su padre, empezó á hacer la guerra sólo por establecer un imperio. Desde entonces se ha jugado la ambición sin límite alguno la vida de los hombres, y ellos han llegado al punto de matarse entre sí sin aborrecerse, teniendo por colmo de la gloria y por la más noble de todas las artes, el acabarse los unos á los otros.

«Estos son los principios del mundo, tales como la historia de Moisés nos los presenta; principios en su origen felices, llenos después de infinitos males; atendiendo á Dios, que todo lo hace, siempre admirables; tales, en fin, que con repararlos por nuestra memoria, aprendemos á considerar el Universo y el género humano, siempre debajo de la mano del Creador, sacado de la nada por su palabra, conservado por su bondad, gobernado por su sabiduría, castigado por su justicia, librado por su misericordia, y siempre sujeto á su poder.

«No es, pues, este Universo como le concibieron los filósofos, formado, según algunos, por un concurso casual de primeros cuerpos, ó que, según los más sábios, suministró él mismo su materia á su autor; y que por consiguiente no depende de él, ni en el fondo de su sér, ni en su primer estado, antes bien le sujeta á ciertas leyes, que no puede alterar.

«Moisés y nuestros antiguos padres, cuyas tradiciones recogió, nos dan diversos conceptos. El Dios que él nos ha mostrado, tiene muy diferente poder; puede hacer y deshacer como quiere; da leyes á la naturaleza, y las altera cuando es de su agrado.

«Si por hacerse conocer en el tiempo, que la mayor parte de los hombres le había olvidado, obró milagros asombrosos y forzó la naturaleza á salir de sus leyes más constantes, continuó á mostrar en esto que él era el dueño ab-

soluto y que su voluntad es la única ligadura que mantiene el órden del Universo.

«Esto es puntualmente lo que habían los hombres olvidado; la estabilidad de un órden tan hermoso, no servía más que á persuadirles que este órden había siempre sido y era de sí mismo; y eso les inducía á adorar, ó al mundo en general, ó á los astros, los elementos, y en fin, todos aquellos grandes cuerpos que le componen. Dios, pues, ha dado testimonio al género humano de una bondad, digna de sí, invirtiendo en ocasiones magníficas este órden, que no solamente no les hacia ya impresión, por que estaban á él acostumbrados, sino que aun los llevaba, tan ciegos estaban, á imaginar fuera de Dios la eternidad y la independencia.

«La historia del pueblo de Dios, autorizada por su misma continuación y por la religiosidad, así de los que la escribieron, como de los que tan cuidadosamente la conservaron, ha guardado, como en un fiel registro, la memoria de aquellos milagros, con que nos da la verdadera idea del supremo imperio de Dios, Señor Omnipotente de sus criaturas, sea para tenerlas sujetas á las leyes generales que ha establecido, sea para darles otras, cuando juzgare que es necesario despertar con algún golpe asombroso al género humano adormecido.

«Este es el Dios que Moisés nos propuso en sus escritos, como el único á quien debíamos servir. Este es el Dios que adoraron los patriarcas antes de Moisés. En una palabra, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, á quien nuestro padre Abraham quiso sacrificar su hijo único; de quien Melchisedech, figura de Jesucristo, era el pontífice; á quien nuestro padre Noé ofreció el sacrificio al salir del arca; á quien el justo Abel había reconocido, ofreciéndole lo más precioso que tenía; á quien Seth, dado á Adam en lugar de Abel, había hecho conocer á sus hijos, llamados también los hijos de Dios; á quien Adam había asimismo mostrado á sus descendientes como aquel de cuyas manos se había visto salir formado; y como el único que podía poner fin á los males de su desgraciada posteridad.»

«¡Qué bella filosofía la que nos da ideas tan puras del Autor de nuestro sér!



¡Qué bella tradición la que nos conserva la memoria de obras tan magníficas!

¡Qué grande el pueblo de Dios, que por una continuación no interrumpida desde el origen del mundo hasta nuestros días, ha conservado siempre una tradición y una filosofía tan santa!

#### ÉPOCA SEGUNDA

##### Desde el diluvio hasta las olimpiadas

Años  
antes de  
J.-C.  
2348 á 776

Años  
de  
la Creación  
1656 á 3228

La época segunda de la *Historia Universal* contiene la dispersión de los hombres, á consecuencia de la confusión de lenguas, en que el Señor castigó la loca tentativa de la construcción de la torre de Babel por los descendientes de Sem, Cam y Japhet, hijos de Noé, que poblaron respectivamente el Asia Oriental, Europa y el Asia Septentrional, apareciendo, como veremos en esta segunda narración, la fundación de los imperios en los valles y riberas del Nilo, del Tigris y del Eufrates.

Abarca este período de la Historia las primeras tradiciones sobre el origen, vida y civilización de la humanidad en la China, en la India, en Egipto y en Fenicia; la de los imperios asirio y persa, absorbidos primero por el macedónico y más tarde por el romano.

Ofrécense dificultades para determinar cuál fué de entre estos imperios el primero en donde cundió la luz de la cultura en las ciencias y en las artes humanas, inclinándose hoy la crítica á creer que siguió el mismo camino que el sol en su revolución aparente, y que del oscuro seno de la China y de la India se extendió á los demás países. Es quizás verosímil, dice un escritor, que los primeros hombres llegaran á Oriente cuando su dispersión, y se detuvieran primero en la China y luego en la India, mirando aquel suelo como el más favorecido de la naturaleza, por su hermosura, variedad y abundancia de producciones.

Recorreremos en el estudio de esta época los secretos del pueblo de Fo-hi; los de las generaciones asentadas entre el Indo y el Ganges, con sus Vedas, su dios Brahma, su inmovilidad, sus maldecidos párias, tipo de las razas impuras; las tradiciones de la Armenia, de la Arabia y de la Mesopotamia; las de Nemrod, nieto de Cham, tenido por el fundador de Babilonia sobre el Eufrates, y las de Sem, fundando á Ninive sobre el Tigris, con las grandezas y conquistas de Nino y de Semiramis, el reino que embelleció con sus obras á la antigua Babilonia, poblando su vasta extensión de hermosos jardines pensiles, que traen á la memoria la idea de una ciudad fantástica, destinada más tarde á lavar sus miserias entre el fuego de su destrucción y de su ruina.

La memoria de Sidon y Tiro, de las figuras de Agenor ó Hiran, con las de Ulica y Cartago, Palermo, Cádiz, Málaga, y el recuerdo de Chipre y de Malta, terminarán el contenido histórico de esta época, comentada por un elevado pensador en estos términos:

«La unidad es descompuesta por el orgullo; y luego que el pecado pone en desacuerdo las facultades internas, pierden también la armonía las externas, el lenguaje y las tradiciones. El Paropaniso y el Cáucaso determinan dos corrientes de población, una que se dirige hácia el nacimiento del sol, otra hácia el ocaso; y si á los mitos, á la mitología, á las memorias, á las lenguas, preguntamos cuál es la remota historia, todas de acuerdo nos señalarán el centro del Asia como cuna de las naciones. Donde faltan documentos, sólo puede echarse mano de las hipótesis; pero habiéndose estas mezclado en los libros con las nociones positivas y con los hechos ciertos, importa estudiarlas y conocer su objeto, sus motivos y sus caracteres. Sin embargo, mientras los filósofos nos pintan al hombre primitivo como un bruto guiado por sus instintos, y que bajo el impulso de estos inventa las primeras sociedades completamente materiales, nosotros, al contrario, por mucho que nos remontemos á tiempos antiguos, encontramos siempre las ideas predominando sobre los intereses, las verdades invisibles sosteniendo á las palpables, el Estado gobernándose por el pensamiento de Dios, la familia rigiéndose por la conmemoración de los muertos, el cuerpo tomando por guía el interés del alma. Vemos también el contraste más vivo entre la libertad individual y el órden social; an antiguos ambos como el primer pecado, y fundados en la naturaleza humana, que quiere ser libre, y que sin embargo no se satisface con



la soledad. Así es que mientras por un lado la ley se esfuerza en dar á las sociedades orden, estabilidad y paz, por otro los instintos violentos arrastran al hombre á la independencia. Pero mientras todo esto atestigua la juventud de la sociedad, lejos de encontrar en ella el estado salvaje, desde el cual se fué elevando poco á poco aquel hijastro de la naturaleza hasta llegar á ser su rey, ya en aquellos primeros tiempos encontramos cuatro grandes imperios: el arameo, el egipcio, el chino, el indio. Estos dos forman la civilizaci6n del Tibet y del Japon, extraña al movimiento europeo; y el Egipto, en relaciones unas veces de guerra, otras de comercio, con Persia y Babilonia, con los árabes, fenicios y hebreos, es, no la fuente, sino el canal por el cual se propagan las ciencias, las artes, el culto á las naciones occidentales, las artes, el culto á las naciones occidentales, pelasga, etrusca, griega y romana, herederas de los cuatro imperios primitivos.

»El choque de las civilizaciones se manifiesta primeramente cuando los deucaliones del Asia y del Africa trasforman en hombres las piedras de Grecia y del Asia Menor. Mil quinientos años antes de Cristo, todo es oriental, del modo que lo han trasplantado las colonias fenicias, árabes, egipcias, personificadas en los tiempos de Ogíges y Cécrope. Pelops y Cadmo. Pero Prometeo, hijo de Japhet, ó sea la raza helénica, descendiente del Septentrion, agita é inflama con nueva vida á los degenerados, hasta que ella misma es degenerada por las costumbres del Oriente, y las monarquías por todas partes son avasalladas por los comunes. No tardan, empero, en sobrevenir los heráclidas con la raza septentrional de los dorios, y hacen prevalecer el Occidente, reduciendo los gobiernos á aristocracias feudales, pasando de la inmovilidad asiática á la variedad, é inaugurando verdaderamente el mundo occidental. El rapto de Europa y de Elena, los amores de Medea, la conquista del vellocino de oro y la toma de Troya, son las risueñas ficciones bajo las cuales encubren los poetas las inevitables batallas de estas contrarias civilizaciones. Ni se borran con la conquista las diferencias originarias; y la emulaci6n entre los dorios y jonios dura tanto como la Grecia, mostrándose

alternativamente en la supremacía de los atenienses desde Cimón á Pericles, en la de los espartanos despues de la victoria de Egosp6tamos, en la de los tebanos, nacida y muerta con Epaminondas, hasta que la dominaci6n macedonia entrega el país afeminado y encadenado á la preponderancia occidental. Entre tanto, un pueblo especialmente guiado por Dios conserva para la tradici6n primitiva, que entre las demás naciones se contamina más y más, á medida que se aparta de sus fuentes, y este pueblo divulga el pensamiento más grandioso, el de un solo Dios, de cuya voluntad libre es un acto el Universo.

Las tradiciones de este pueblo han sido brillantemente expuestas por el gran Bossuet. Hé aquí la reseña de este ilustre escritor católico, en lo que se refiere á esta segunda época:

«Al diluvio sucedieron inmediatamente la declinaci6n de la vida humana, la mudanza en el modo de vivir y nuevos alimentos substituidos á los frutos de la tierra; algunos preceptos dados á Noé, á viva voz solamente; la confusi6n de las lenguas, sucedida en la torre de Babilonia, primer monumento de la soberbia y de la flaqueza de los hombres; el repartimiento de los tres hijos de Noé, y la primera distribuci6n de la tierra.

»La memoria de estos tres primeros autores de las naciones y pueblos, se ha conservado siempre entre los hombres. Japhet, que pobló la mayor parte del Occidente, ha sido en él siempre célebre debajo del famoso nombre de Japet. Cham y su hijo Canaan no han sido menos conocidos entre los Egipcios y Fenicios; y la memoria de Sem ha durado siempre en el pueblo hebreo, que de él reconoce su origen.

»Un poco despues de este primer repartimiento del linaje humano, Nembrod, hombre feroz, se hace por su genio altivo el primero de los conquistadores: tal es el origen de las conquistas. Establece su reino en Babilonia en el mismo lugar en que se habia dado principio á la Torre y elevádola á muy gran altura, aunque no tanta como deseaba la vanidad humana. Cerca de este tiempo fué Ninive fundada, y algunos reinos antiguos establecidos, pero muy pequeños por entonces, pues en solo



Egipto se hallan cuatro dinastías ó principados, la de Thebas, la de Thin, la de Memphis y la de Tanis, que era la capital del Egipto Bajo. A este tiempo tambien se puede atribuir el principio de las leyes y policia de los egipcios, el de sus pirámides, todavía permanentes, y el de las observaciones astronómicas, así de estos pueblos, como de los caldeos. Y hasta él se ve asimismo que suben, y no más arriba, las que los propios caldeos (que quiere decir sin controversia los primeros observadores de los astros) dieron en Babilonia á Callisthenes para Aristóteles.

Comienza todo, y no hay historia antigua en que no se descubran, no sólo en aquellos primeros tiempos, sino aun mucho despues, vestigios manifiestos de la novedad del mundo. Se ven establecerse las leyes, pulirse las costumbres y formarse los imperios. El género humano sale poco á poco de la ignorancia; la experiencia le instruye y las artes se inventan ó se perfeccionan. Al paso que los hombres se multiplican, se va poblando sucesivamente la tierra; se pasan los montes y los precipicios, se atraviesan los rios, y en fin los mares; se establecen nuevas habitaciones. La tierra, que sólo era en su principio una selva inmensa, recibe nueva forma; los bosques talados dan lugar á los campos, á las dehesas, á las aldeas, á los lugares, y en fin á las ciudades. Se aprende á cazar algunos animales, á domesticar otros y acostumbrarlos al servicio. Fué necesario al principio combatir con las fieras, en cuyas guerras se señalaron los primeros héroes, y ellas hicieron inventar las armas, que despues convirtieron los hombres contra sus semejantes. Nembrod, el primer guerrero y el primer conquistador, es llamado en la escritura un gran cazador. Con los animales supo tambien el hombre endulzar los frutos y las plantas, ablandó hasta los metales para su uso, y poco á poco se hizo servir de toda la naturaleza. Pero como es verosímil que obligase entonces el tiempo á inventar muchas cosas, lo es tambien que hiciese olvidar otras, por lo ménos á la mayor parte de los hombres.

Las primeras artes que habia Noé conservado, y que se ven siempre florecer en aque-

llos parajes donde se hizo el primer establecimiento del linaje humano, se fueron perdiendo al paso que se alejó de ellos, y fué necesario con el tiempo volver á aprenderlas, ó que las llevasen á los demás que las ignoraban los que las habian conservado. Por eso vemos que todo viene de aquellas tierras, siempre habitadas, donde los fundamentos de las artes permanecieron en su sér, y que tambien en ellas muchas cosas importantes todos los días se aprendian. Conservóse allí el conocimiento de Dios y la memoria de la Creaci6n; pero se iba poco á poco debilitando. Las antiguas tradiciones se olvidaban y se oscurecian; las fábulas que les sucedieron, sólo retenian de ellas unas toscas ideas; las falsas deidades se multiplicaban, y eso causó la vocaci6n de Abraham.

Permanecia el mundo todavía empapado en las aguas del diluvio, cuando los hombres, tan vecinos al origen de las cosas, no necesitaban para conocer la unidad de Dios y el servicio que le era debido, sino de la tradici6n, que desde Adam hasta Noé se habia conservado; tradici6n, á más de esto, tan conforme á las luces de la razon, que parecia que una verdad tan clara y tan importante no podria jamás oscurecerse ni olvidarse entre los hombres. Este fué el primer estado de la religion, que duró hasta Abraham, en que para conocer las grandezas de Dios no tenian los hombres que consultar sino con su razon y su memoria.

Pero estaba la razon muy débil y viciada, y al paso que se alejaban del origen de las cosas, confundian los hombres las especies que habian recibido de sus antepasados. Los hijos indóciles ó mal enseñados, no querian dar crédito á sus abuelos decrepitos, que despues de tantas generaciones apenas conocian; embrutecida la mente humana, no podia elevarse á las cosas intelectuales, y no queriendo ya los hombres adorar sino lo que veian, se difundia la idolatría por todo el mundo.

Entonces el espíritu que habia engañado al primer hombre probaba todo el fruto de su seducci6n y veia el entero efecto de aquellas palabras: *Sereis como dioses*. Desde el punto que las pronunció, tiraba á confundir en el hombre la idea de Dios con la de la criatura, y dividir



un nombre cuya majestad consiste en ser incommunicable. Lograba su designio, porque sepultados los hombres en la carne y sangre, habían por esto conservado una idea oscura del poder divino, que se mantenía por su propia fuerza; pero confundida con las especies introducidas por los sentidos, les hacía adorar todas las cosas en que se descubría algún poder. Así el sol y los astros, que desde tan lejos ostentaban su fuerza; el fuego y los elementos, cuyos efectos eran tan universales, fueron los primeros objetos de la adoración pública. Los grandes reyes, los grandes conquistadores, que lo podían todo sobre la tierra, y los autores de las invenciones útiles á la vida humana, tuvieron después bien presto los honores divinos. Los hombres llevaron la pena de haberse sujetado á sus sentidos; fueron los sentidos árbitros de todo, é hicieron, á pesar de la razón, todos los dioses que han sido adorados en la tierra.

¡Qué alejado pareció entonces el hombre de su primitiva formación! ¡Y qué desfigurada estaba en él la imagen de Dios! ¿Podía Dios haberle hecho con aquellas perversas inclinaciones, que cada día se iban más y más declarando? Y aquella extraordinaria propensión que tenía á sujetarse á todo lo que no fuese su Señor natural, no mostraba muy visiblemente la mano enemiga, que tan profundamente había alterado la obra de Dios en el espíritu humano, que apenas podía reconocerse en él algún vestigio suyo. Impelido de aquella ciega pasión que le dominaba, se sumergía en la idolatría, sin que nada pudiese detenerle, y hacía en este mal extraordinarios progresos. Temiendo que infestase todo el linaje humano y enteramente extinguiese todo el conocimiento de Dios, este gran Dios llamó desde lo alto á su siervo Abraham, en cuya familia quería establecer su culto y conservar la antigua creencia, así de la Creación del Universo, como de la providencia particular con que gobierna las cosas humanas.

Ha sido siempre Abraham célebre en el Oriente, y no son solos los hebreos los que le miran (1) como á padre. Los idumeos se glorian

(1) Gén. XVI, 18. Gén. XVII, 25. Joseph. Ant. 1. 13.

del mismo origen. Ismael, hijo de Abraham, es conocido entre los árabes como de quien descienden. Háles quedado la circuncisión como señal de su origen, y ellos la han recibido en todos tiempos (1), no al octavo día á la manera de los judíos, sino á los trece años, como nos dice la Escritura que fué dada á su padre Ismael, costumbre que aún dura entre los mahometanos. Otros pueblos árabes se acuerdan de Abraham y de Ceturá, y estos son los mismos que hace ver la Escritura procedidos de aquel matrimonio. Era caldeo (2) este patriarca, y aquellos pueblos, famosos por sus observaciones astronómicas, colocaron á Abraham entre sus más sábios observadores. Los historiadores de la Siria le han hecho rey de Damasco, aunque extranjero y venido de los contornos de Babilonia, y refieren que dejó el reino de Damasco por establecerse en el país de los cananeos, llamado después Judea. Pero más importa notar lo que la historia del pueblo de Dios nos refiere de este grande hombre. Ya hemos visto que Abraham seguía el mismo modo de vivir que habían los antiguos observado antes que estuviese reducido á reinos todo el Universo. Reinaba él en su familia, con la cual tenía aquella vida pastoril (3), tan famosa por su sinceridad y su inocencia; rico en ganados, en esclavos y en dinero, pero sin tierras y sin dominio; y vivía, no obstante, en un reino extranjero, respetado é independiente como príncipe. Su piedad y rectitud, protegidas de Dios, le conciliaban este respeto. Trataba de igual con los reyes, los cuales solicitaban su alianza, de donde nació la antigua opinión que le hace rey (4). Aunque fuese su vida sincera y pacífica, sabía hacer la guerra; pero sólo para defender sus aliados oprimidos. Ejecutólo así, y los vengó con una señalada victoria; volvióles

(1) Gén. XXV, Alex. Polib. apud. Joseph. ant. 1, 16.

(2) Berof. Hecat. Eup. Alex. Polib. et alii ap. Joseph. ant. 1. 8, et Euf. præp. Eu. IX, 16, 17, 18, 19 y 20, et XIII, 11, Nic. Dam., 1. 4, Hist. Univ. in excerpt. Vales. p. 491 et ap. Joseph. ant. lib. VIII, et Eus. præp. Eu. IX, 16.

(3) Gén. X, II, et c.; Gén. XIV, XVI, 22, 27, XVIII, 6.

(4) Gén. XIV.



todas sus riquezas, recobradas de sus enemigos, sin reservar otra cosa que la décima, que ofreció á Dios, y la parte que pertenecía á las tropas auxiliares que había conducido á la batalla. En cuanto á lo demás, después de un tan gran servicio, rehusó los presentes de los reyes con una magnanimidad sin ejemplar, y no pudo sufrir que hombre alguno blasonase de haber enriquecido á Abraham, que él sólo á Dios, que le protegía y á quien servía con una fe y obediencia perfecta, quería deberlo todo.

Guiado de esta fe, había dejado su tierra natural por venir (1) al país que Dios le mostraba. Dios, que le había llamado y héchole digno de su alianza, la concluyó con estas condiciones:

Declaróle que sería su Dios y de sus hijos, esto es, que sería su protector; y que ellos le servirían como al solo Dios, Creador del cielo y de la tierra.

Le prometió una tierra (que fué la de Canaan) (2) para que sirviese de mansion fija á su posteridad y de silla á la religión,

Abraham no tenía hijos, y Sara, su mujer, era estéril. Juróle Dios por sí mismo y por su eterna verdad (3), que de él y de aquella mujer nacería una estirpe que igualaría á las estrellas del cielo y á las arenas del mar.

Pero hé aquí el artículo más memorable de la promesa divina: Todos los pueblos se precipitaban en la idolatría; Dios prometió á este santo patriarca que en él y en su familia todas aquellas ciegas naciones (4) que olvidaban á su Creador, serían benditas, esto es, serían reducidas á su conocimiento, en que se halla la verdadera bendición.

Por esta palabra fué hecho Abraham padre de todos los creyentes, y su posteridad escogida para ser la fuente desde donde la bendición había de derramarse por toda la tierra.

Estaba incluida en esta promesa la venida del Mesías, tantas veces anunciado á nuestros padres; pero siempre anunciado, como quien

(1) Gén. XVII, 8 y 9.

(2) Ibid.

(3) Ibid. XII, 2; XV, 4, y 5; XVII, 19.

(4) Ibid. XII, 3; XVII, 18.

había de ser el Salvador de todos los gentiles y de todos los pueblos del mundo.

Así, este vástago bendito prometido á Eva, se hizo también el vástago y el renuevo de Abraham.

Este fué el fundamento de (1) la alianza y estas sus condiciones. Recibió Abraham la marca en la circuncisión; ceremonia cuyo propio efecto era el de señalar que aquel santo hombre era ya de Dios con toda su familia.

Estaba (2) Abraham sin hijos cuando empezó Dios á bendecir su estirpe, y le dejó sin ellos muchos años. Tuvo después á Ismael, que había de ser padre de un gran pueblo, pero no de aquel pueblo escogido tan prometido á Abraham. El padre de este pueblo había de (3) descender de él y de su mujer Sara, que era estéril. En fin, trece años después de Ismael, le vino aquel deseado hijo; fué nombrado Isaac, que es lo mismo que risa, hijo de alegría, hijo de milagro, hijo de promesa, que denota con su nacimiento que los verdaderos hijos de Dios nacen de la gracia.

Era ya (4) grande este hijo bendito y en edad que podía esperar su padre tener otros por él, cuando de improviso le mandó Dios que le sacrificase. ¡A qué pruebas está expuesta la fe! Abraham llevó á Isaac al monte que Dios le había mostrado, para sacrificarle aquel hijo en quien únicamente le había prometido hacerle padre, así de su pueblo, como de su Mesías; presentaba Isaac el pecho á la espada con que iba su padre á herirle, cuando Dios, satisfecho de la obediencia de ambos, sólo con esto se contenta. Después que estos dos grandes hombres dieron al mundo una imagen tan viva y tan bella de la oblación voluntaria de Jesucristo, y que probaron en su alma las amarguras de la Cruz, fueron juzgados verdaderamente dignos de ser sus ascendientes. Merece la fidelidad de Abraham, que Dios le confirme (5) todas sus promesas, y bendice nuevamente, no sólo su familia, sino también por

(1) Gén. XVI.

(2) Ibid. XII; XV, 2; XVI, 3, 4; XVI, 20; XXI, 23.

(3) Ibid. XXI, 2.

(4) Ibid. XXII, 1.

(5) Ibid. XXII, 23.



su familia todas las naciones del universo.

En efecto, continuó su proteccion á Isaac su hijo y á Jacob su nieto; ellos fueron sus imitadores hijos, como él en la creencia antigua, en el antiguo modo de vida que era la pastoril, y en el antiguo gobierno del linaje humano, en que cada padre de familias era príncipe de la suya. Así, en medio de las mudanzas que cada día se introducian entre los hombres, revivía la santa antigüedad en la religion y en la conducta de Abraham y de sus hijos.

Reiteró tambien Dios á Isaac y á Jacob las (1) mismas promesas que habia hecho á Abraham, y como se habia llamado el Dios de Abraham, tomó asimismo el nombre de Dios de Isaac y Dios de Jacob.

Bajo esta proteccion empezaron estos tres grandes hombres á residir en la tierra de Canaam, pero como (2) extranjeros y sin poseer en ella *un pie de tierra*, hasta que el hambre atrajo Jacob á Egipto, donde multiplicados sus hijos, se hicieron bien presto un gran pueblo, como lo habia Dios prometido.

En cuanto á lo demás, aunque este pueblo que Dios hacia nacer en su alianza, hubiese de extenderse por la generacion y tuviese la bendicion de acompañar la sangre, no dejó este gran Dios de señalar en él la eleccion de su gracia. Porque despues de haber escogido á Abraham entre las naciones, entre los hijos de Abraham eligió á Isaac, y de los dos mellizos de Isaac escogió á Jacob, á quien dió nombre de Israel.

Tuvo Jacob doce hijos, que fueron los doce patriarcas, autores de la doce tribus. Todos habian de entrar en la alianza; pero fué Judas escogido entre todos sus hermanos, para ser el padre de los reyes de Israel y el padre del Mesias, tan prometido á sus antepasados.

Habia de venir tiempo, en que disminuido el pueblo de Dios de diez tribus, castigadas por su infidelidad, sólo conservaria la posteridad de Abraham su antigua bendicion; esto es, la religion, la tierra de Canaam y la esperanza del Mesias en la Tribu de Judas, la cual daria

(1) Gén. XXV, 2; XXVI, 4; XXVIII, 14.

(2) Act. VII, 5.

su nombre al resto de los israelitas, que fueron llamados judíos, y á todo el país, que fué nombrado Judea.

Así, la eleccion divina se descubria siempre en aquel pueblo carnal, que habia de conservarse por la propagacion ordinaria.

Vió Jacob espiritualmente el secreto de aquella eleccion. Como (1) se hallase próximo á morir, y sus hijos, al rededor de su lecho, pidiesen la bendicion de un tan buen padre, le descubrió Dios el estado de las doce tribus, cuando estarian en la tierra prometida, y se lo explicó en pocas palabras; pero palabras llenas de innumerables misterios.

Aunque todo lo que dice de los hermanos de Judas, esté exprimido con una magnificencia extraordinaria y denote un hombre elevado por el espíritu de Dios, cuando llega á Judas, aún se remonta mucho (2) más. *Judas, dice, tus hermanos te alabarán; tu mano será sobre el cuello de tus enemigos; los hijos de tu padre se postrarán en tu preferencia. Judas es un leon jóven. Hijo mio, tú has ido al despojo. Tú has reposado como un leon y una leona. ¿Quién osará despertarte? El cetro, esto es, la autoridad, no saldrá de Judas; y siempre se verán capitanes y magistrados ó jueces nacidos de su estirpe, hasta que venga aquel que ha de ser enviado, y que será la esperanza de los pueblos, ó como dice otra letra, que quizá no sea menos antigua, y que sustancialmente no difiere de esta, hasta que venga aquel á quien las cosas están reservadas, y lo restante como acabamos de referir.*

La continuacion de la profecía mira literalmente al territorio que habia la tribu de Judas de ocupar en la Tierra Santa. Pero las últimas palabras que hemos visto, de cualquier modo que se las quiera entender, no significan otra cosa que aquel que habia de ser el enviado de Dios, el ministro y el intérprete de su voluntad, el cumplimiento de sus promesas, y el rey del nuevo pueblo, esto es, el Mesias ó el Ungido del Señor.

No habla en esto expresamente Jacob sino

(1) Gén. XLIX.

(2) Ibid. 8.



á solo Judas, de quien habia de descender el Mesias; pero en la suerte de Judas comprende la de toda la nacion, que despues de dispersa veria las reliquias de las otras tribus, reunidas debajo de los estandartes de Judas.

Todos los términos de la profecía son claros: sólo hay la palabra *cetro*, que el uso de nuestra lengua nos podria hacer entender por sola la dignidad real, cuando en el idioma santo significa en general el poder, la autoridad y el magistrado. Hállase el uso de esta palabra cetro en todas las páginas de la Escritura; déjase asimismo ver manifestamente en la profecía de Jacob, y quiere este patriarca decir que en los dias del Mesias cesará toda la autoridad en la casa de Judas, lo cual lleva consigo la ruina de un Estado.

Así los tiempos del Mesias están aquí señalados con una duplicada mudanza. Por la primera, el reino de Judas y del pueblo judáico está amenazado de su postrera ruina. Por la segunda, ha de levantarse un nuevo reino, no de un pueblo solo, sino de todos los pueblos, cuya cabeza y esperanza ha de ser el Mesias.

Es el pueblo judáico, en el estilo de la Escritura, llamado en nombre singular, y por excelencia (1) *el pueblo*, ó *el pueblo de Dios*; y cuando se hallan *los pueblos*, entienden los versados en las Escrituras los demás pueblos que estaban tambien prometidos al Mesias en la profecía de Jacob.

Comprende esta gran profecía en pocas palabras toda la historia del pueblo judáico y del Cristo que le estaba prometido. Señala toda la continuacion del pueblo de Dios, y el efecto dura todavía.

Despues de la muerte de Jacob, permaneció en Egipto el pueblo de Dios hasta el tiempo de Moisés, que fué casi doscientos años.

Así pasaron cuatrocientos antes que Dios diese á su pueblo la tierra que habia prometídole.

Quería acostumar sus escogidos á fiarse de su palabra, asegurados de que presto ó tarde se cumpliría, y siempre en los tiempos señalados (2) por su eterna Providencia.

(1) Isai. LXV et c. — Rom. X, 21. — Is. II, 2, 3; XLIX, 6, 18; LI, 4, 5, et c.

(2) Gén. XV, 16.

Las iniquidades de los amorreos, cuya tierra y despojos queria darles, no habian aún llegado, como lo declara á Abraham, al colmo donde los esperaba, para entregarlos á la dura y despiadada venganza que, por mano de su pueblo escogido, queria tomar de ellos.

Era necesario dar á este pueblo tiempo de multiplicarse, á fin de que se hallase en estado de llenar la tierra que le era destinada, y de ocuparla por fuerza, exterminando sus habitantes malditos de Dios.

Quería que probase (1) en Egipto un duro é intolerable cautiverio, á fin de que estando libertado con prodigios inauditos, amase á su libertador y eternamente celebrase sus misericordias.

Hé aquí el orden de los consejos de Dios, tales como él mismo nos los ha revelado, para enseñarnos á temerle y esperarle con fe y paciencia.

Habiendo llegado el tiempo, escucha los clamores de su pueblo, cruelmente affigido por los egipcios, y envia á Moisés para librar sus hijos de su tiranía.

Dáse á conocer á este grande hombre más que lo que hasta entonces ningun otro viviente habiale merecido. Aparécese en una forma (2) igualmente magnífica y consoladora; declárale que él es quien es. A su vista, todo lo que es, no es sino una (3) sombra. *Yo soy*, le dice, *quien soy*; el sér y la perfeccion pertenecen á mí solo. Toma un nuevo nombre, que denota el sér y la vida en él, como en su origen; y este es el gran nombre de Dios, terrible, misterioso, incomunicable, debajo del cual quiere en adelante ser servido.

No referiré en particular las plagas de Egipto, ni la obstinacion de Faraon, ni el paso del Bermejo, ni el humo, los relámpagos, la trompeta resonante, el ruido espantoso que oyó el pueblo sobre el monte Sinai. Allí Dios grababa de su mano sobre dos tablas de piedra los preceptos fundamentales de la religion y de la sociedad, y dictaba lo restante (4) á Moisés en

(1) Gen. XV, 16.

(2) Exod. III.

(3) Ibid. 14.

(4) Ibid. XXV, et Núm. XI.